

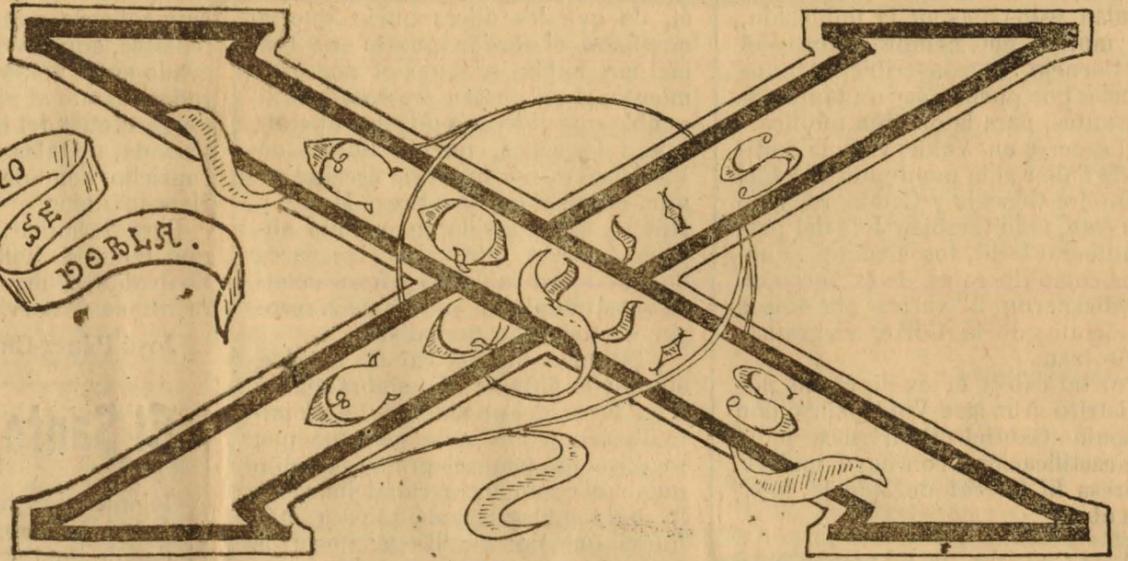
PRECIO 1'25 PTS TRIMESTRE.

Anuncios
Precios económicosTODÁ
LA

CORRESPONDENCIA - AL DIRECTOR -

Calle del Cristo n.º 29.

Teléfono n.º 151.



PERIÓDICO DECAENAL COMPLETAMENTE INDEPENDIENTE.

Valdepeñas

en todos sus aspectos

I

Bajo el conjunto inarmónico de circunstancias contrapuestas conque por lo general se manifiestan los más intrincados problemas sociales, existe una serie tal de antagonismos y viceversas, que raramente llegan á explicarse con absoluta claridad. Unas veces por desconocimiento de la materia objeto del análisis y otras por las diversas formas con que se presentan á la vida para su exámen, es lo cierto que en muy pocos casos se llega á la compenetración del intento que se pretende, y de ahí precisamente el que, por ejemplo, el carácter de un pueblo no esté definido con exactitud, por razón del misterio que ofrece esa complejidad en las inclinaciones y tendencias de una generación.

En este artículo, solo nos circunscribiremos á esta famosa ciudad de Valdepeñas, y tomando como punto de comparación, para sacar las naturales consecuencias que de tales razonamientos se deducen, las distintas orientaciones conque se nutre la vida de esta Ciudad, delinearemos el problema que se deja vislumbrar por entre el tegido que cubre sus desnudeces, y que de saberlo resolver prudentemente, es indiscutible se llegaría á la conquista proyectada.

Y comenzaremos para ello por una de las manchas que más ensucian las famosas páginas de la historia de Valdepeñas. Me refiero á los delitos de sangre que aquí se perpetran.

Para muchos seguramente no ofrecerán particularidad alguna, esos hechos que con tanta frecuencia se repiten en esta Ciudad, toda vez, que si se tiene en cuenta los dos principales factores que los determinan, fácilmente se plantea la conclusión que pudiera investigarse. Más como quiera que de pocos años á esta parte, ha iniciádose un movimiento que denota una ambición inmensa de progreso y regeneración, la escusa que pudie-

ra aducirse para justificar ese aspecto del carácter valdepeñero no merece, á juicio nuestro, los honores de la estimación.

Queremos decir, que sintiendo los moradores de Valdepeñas ese noble impulso que tanto dignifica, puesto que de cultivarlo como es debido necesariamente se obtendría el dictado de *pueblo grande*; ¿como es posible que la idiosineración de esta Ciudad, se deje ver de una manera confusa como si permaneciese entre tinieblas?

Si al juzgar de los hechos, nosotros con entera imparcialidad nos atenemos á la fama de Valdepeñas, no podremos por menos que reconocer un trabajo y una actividad constantes que merece toda clase de elogios; suponiendo estas dos condiciones esenciales para la vida de todo pueblo, otras tantas virtudes acreditan el industrialismo que ha sido preciso sostener para llegar al fin que se ha conseguido.

Y si á esto se une alguna que otra prueba, tal como la que supone el celebrar cierta clase de conferencias, como son las que aquí han venido verificándose; ¿no es más de extrañar esas lamentables acciones que solo tienen la virtud de perjudicar en su reputación á un pueblo, que no debiera merecer por ningún sentido ni la más leve recriminación?

Y cambiando este orden puramente social por el político. . . .

Más esta cuestión merece capítulo aparte y lo dejaremos para el próximo número, en el que seguiremos expresándonos sobre el mismo tema aún cuando bajo diferente aspecto.

A. SANGIL.

Crónica

LA CARAVANA

La noticia me produjo honda sensación de curiosidad y entusiasmo.

Anunciábase la visita fugáz de una caravana de doctrinas redentoras. Los hombres que la formaban venían procedidos de fama grandiosa. Anhelábamos ver sus rostros, descifrar sus maneras, estudiar sus mi-

radas, observar sus gestos y acciones.

¿Qué hombres raros serán estos? ¿Qué extraños séres habremos de ver?

Me uní á un grupo de hombres, á quienes también tuve, en mi niñez, por extraños séres y que hoy son mis hermanos.

En callada procesión, silenciosa como las tinieblas que nos envolvían, caminamos, en la quietud y reposo de la alta noche, en espera de los misteriosos viajeros.

Caía menuda lluvia, rocío pacífico, suave y mansamente, con dulcedumbres extrañas, con misterios ultraterrenos y pensé si sería lluvia para el alma, para el corazón, que ablandara el yermo campo de cerebros obtusos y pechos fanáticos, disponiéndolos á recibir la siembra de estos viandantes, la semilla que ha de fortalecer el cuerpo, dignificar el alma, tranquilizar la conciencia, robustecer el espíritu, reivindicando pesadas famas y muertos esplendores.

¡Sí! ¡Los que llegaban eran sembradores; vasto campo, los que esperábamos! Quise empapar-me.

Sonó agudísima una pitada de locomotora, vibrante como trompeta de Jericó; un disco rojo aproximábase raudamente desmenuando su óvalo; nos envolvió horrible estruendo y una cmta gigantesca de sombra y luz, de luz y sombra, cruzó casi rozándonos, como un relámpago. Paróse todo; se hizo el silencio, quedó la luz.

Abriéronse portezuelas de vagones; los pechos detuvieron su *tic tac* de péndulo; se entrecortaron las respiraciones y las pupilas inquirieron ansiosas en emoción de lo desconocido. ¡Había llegado la caravana!

Bajaron joviales señores, correctamente vestidos, envueltos en abrigos amplios, saludando corteses, hablando cariñosamente, dando la mano enguantada á todos. Salieron del andén, ocuparon coches que partieron con presteza, camino del pueblo.

Emprendimos el regreso. Marchaba, silenciosa otra vez, entre sombras, la procesión de los nocturnos hombres.

Rompió los aires un silvido lamentoso. ¡El tren parecía quejarse de su descarga! Siguió lloviendo. . .

¡Admirable espectáculo! ¡Hermoso acto! Las galerías y pasillos atestados, el *paraiso* repleto; aglomerado el anfiteatro; impenetrables palcos y plateas; la sala inabordable, el escenario inaccesible.

Este teatro presenta deslumbrante aspecto, digno templo de doctrinas libertarias; millares de cabezas se yerguen y avizoran, atisbando á los prohombres llegados, que ya no parecen extraños, con quienes ya hemos confamiliarizado. Y en todos los rostros está pintada el ansia de

oir la palabra de aquellos hombres, por aprender las nuevas enseñanzas.

Se agita una campanilla. Las cabezas se descubren con místico respeto; se hace un paréntesis de silencio. Habían por turno algunos á quienes conocemos. Yá toca á uno de los errantes; avanza al proscenio; estallantes aplausos resuenan en los ámbitos. Despues solo se oye la voz de un hombre joven, de pródigo cerebro, profuso conceptista, que con gracejo avasallante, nos habla de libertades, de redenciones y con sutil ironía y festiva palabra, ridiculiza actos y personas, hechos é intrigas que allá, en el Madrid cortesano, se hicieron ó se hacen. Sigue hablando de muchas cosas y al concluir hace una reverente inclinación, y vuelven á estallar palmas.

Ahora se levanta un señor grave, de apuesto continente, de figura mayestática, que entre demostraciones de entusiasmo, se adelanta como profeta, como apóstol moderno.

Habla pausadamente primero, encalmadamente. Despues parece sublevarse su espíritu, va subiendo el tono de su voz; ya grita; sus gestos son de indignación; sus ademanes, duros é inflexivos; sus movimientos, imperativos. Las palabras salen atropelladamente, implacables y augustas, consoladoras y deslumbrantes.

¡Oh, dichas bocas! ¡Tenéis la sugestión, el bello encanto, el dulce arrullo, de aguas límpidas en fuentes de patios sevillanos!

Es otra vez la noche, pero no de sombra, pues que la reina de la noche alumbra el camino á la procesión que vá en despedida de la caravana. Los hombres no marchan cabizbajos y callados, sino alentados y animados, rejuvenecido el espíritu acaso por la comunión de ideas que en santa eucaristía recibieron de los profetas errantes.

Llegamos. El tren recoje en sus vagones á quienes dejó la noche antes. Hay abrazos, palabras efusivas, apretones de manos, asomo de lágrimas, vítores y aclamaciones para los que nos dejan.

El silbato del tren modula un grito de alegría infantil. La luna se oculta en tristeza.

Vuelve la lluvia, que acaso, en el infinito, corre queriendo adelantarse á preparar nuevo terreno.

Evito mojarme. ¡No quiero que se enlodace, ó la corriente arrastre, la semilla.

José Lúcas Acevedo.

Rocortes y comentarios

Como ya indica el título que enca-beza estas líneas, solo nos vamos á limitar, haciéndonos eco de las múltiples versiones y comentarios, que